



Seix Barral

Liliana Blum

Cara de Liebre





Seix Barral Biblioteca Breve

Liliana Blum

Cara de Liebre

© Liliana Blum, 2020

Publicado mediante acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany y Agência Riff, Rio de Janeiro, RJ, Brasil.
Derechos reservados

© Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2020

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2022

ISBN: 978-84-322-3951-9

Depósito legal: B. 18.720-2021

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

NARCISISMO DE SÁBADO POR LA NOCHE

Deshumanizar a un ser humano es muy sencillo. Nadie lo sabe mejor que yo. Solo hace falta concentrarse en el exterior del cuerpo, en la cobertura, la piel y el cabello, en los ojos vidriosos metidos en los huecos de las órbitas y en los apéndices de las orejas, que parecen un par de moluscos.

En el espejo rectangular detrás del barman no luzco monstruosa; es más, se podría decir que soy una mujer común y corriente que busca pasarla bien esta noche. Sonríó con la broma privada que solo yo y nadie más podría entender. Porque hoy no puede ser una noche de llevarme a cualquiera a la cama ni tampoco puedo contentarme con una mera conversación, alcohol de por medio, y regresar sola a casa a ver una película romántica. Hoy no. Levanto mi vaso, brindo con el vocalista del grupo que toca hoy y le doy un trago largo a la bebida preparada. Me ignora. Muy bien. Vuelvo a mirar mi reflejo. Ensayo una sonrisa. Parezco inofensiva. La cicatriz es invisible desde aquí y mi cuerpo exuberante se ve casi perfecto en este vestido que se ciñe como una segunda piel. *Este que ves, engaño*

colorido... Luces rojas y penumbra: los mejores aliados de las mujeres que se precipitan a golpes y volteretas por el desfiladero de la vejez, o de las que tienen la cara marcada por los malos genes. La cirugía plástica, ni siquiera a manos de los mejores especialistas del mundo, pasa inadvertida; implantes mamarios, narices respingadas, glúteos aumentados por métodos artificiales, nada puede emular la belleza y armonía de lo natural. Ni siquiera las operaciones correctivas, como la mía. Siempre queda algo, un vestigio, una marca que traiciona, que suele ser a veces más bochornoso incluso que el defecto en sí, real o aparente, que llevó a alguien a tenderse sobre la plancha y bajo el bisturí de un cirujano: el asumir que hay algo mal con uno mismo y el intento fallido de remediarlo.

Salud, vuelvo a levantar mi vaso cuando el vocalista de la banda Nick y los Brainfreeze hace un ligero contacto visual conmigo. Esta vez me dedica una sonrisa. Leve, muy leve; allí está. Me ha visto. Declaro inaugurada la temporada de caza. ¿Cuándo fue el último? Hace un año, al menos. Para estar segura tendría que revisar mi agenda, pero podría apostar que fue también en marzo. Nunca he tenido una ballena blanca y no siempre hay tantos peces en el mar como para ponerse quisquillosa, pero ese vocalista rubio y con obesidad declarada parece ser la presa más cotizada de la noche. Tan solo por contraste con los parroquianos de este antro.

Llevo tres bebidas y dos horas en La Cebolla de Cristal. Conozco mis límites con el alcohol: a este ritmo no luzco sospechosa y estoy en mis sentidos. Me

aseguro de parecer alegre, un poco ebria y desinhibida, pero estoy alerta. La escena varía muy poco cada fin de semana. Lo único que cambia son los grupos que tocan en vivo; el de esta noche apesta de manera particular. El público, aunque se compone de personas distintas, termina siendo idéntico al de la semana anterior y lo será al de la siguiente. Los he estado estudiando desde hace tiempo. Las parejas, por supuesto, no me interesan en absoluto y apenas las miro. Las mujeres solas me atraen únicamente en el sentido de que son competencia: si hay más de tres demasiado guapas, bien puedo pasar a retirarme temprano. Los hombres sin pareja han sido el objeto de mi interés desde hace años: están los que llegan a tomarse algo, patrullan el lugar en busca de una presa y al poco se van, sin importar si tienen éxito o no. No les gusta perder el tiempo. Jamás hay que ir tras un hombre que de manera activa busca a una mujer en un bar. Es un depredador. Ahora bien, los solitarios que llegan sin esperanza alguna de salir en compañía de una mujer son los que tienen mi atención. Suelen ser los recién divorciados, los que se tropiezan con su propia autoestima y que ni en sus sueños más locos se hubieran creído que una mujer tomaría la iniciativa con ellos.

El grupo anuncia un receso y el vocalista se dirige a la barra. Tiene piernas de palito enfundadas en pantalones de piel negra y una barriga de embarazada, que intenta disimular bajo una playera negra y chamarra de camuflaje militar. No creía que fuera posible; es incluso más bajo que yo, a pesar de los tacones altos de las

botas que trae. Orbita hacia el único banco libre: junto a mí. Antes de que logre acomodarse y pedir una cerveza, percibo el hedor a pies en material sintético, que es el equivalente a una patada en la pantorrilla. Solo por esto debería hacerlo sufrir un poco. Qué afrenta. ¿Es que no se da cuenta? Tiene el rostro encendido por cantar durante todo este tiempo, una barba de esas que bajan hasta la clavícula y hacen el favor de cubrir la papada, arrugas de hombre blanco que no conoce el protector solar y unos ojos azules que se llevan las palmas. Tan bellos son esos ojos que casi podría pasar por alto que sean un poco saltones u obviar el amplio y bulboso espacio de su frente, que le da un aire de perro chihuahuero.

—Estuviste maravilloso —le digo cuando se vuelve hacia mí. Aunque este hombre no entra en el perfil de mis intereses, cuando veo brillar sus ojos tras escuchar mi cumplido, sé que es un narcisista irredento, y ¿no nos enseñaron los griegos que el *hubris* es la pérdida de los héroes?—. Me dijeron que tu grupo era muy bueno, pero no pensé que sonara tan genial.

—¿Ah, sí? —Sonríe como si le acariciara los testículos. Tiene los dientes chuecos y el colmillo izquierdo más grande: un vampiro a medias.

Yo asiento con una sonrisa y le pregunto si puedo invitarle a la siguiente cerveza. Él acepta y, antes de que me pregunte mi nombre, ya me está contando de la película sobre su vida que piensa hacer.

—Yo voy a escribir el guion y a dirigirla —dice, terminándose la cerveza—. También actuaré.

—Me encantaría verla. Estoy segura de que sería todo un éxito, como la de *The Doors*.

—Lo único que no sé es si poner a mi hija haciéndola de mí en las partes de la infancia o bien contratar a un niño actor.

Se acaricia la barbilla como si fuera un problema real y se empina la botella vacía. Hace una cara de sorpresa cuando no cae ninguna gota en su garganta y se vuelve hacia mí. Yo le hago un gesto al barman y una cerveza helada se materializa casi de inmediato frente a este tipo que, al parecer, no tiene ningún problema con que una mujer pague lo que él se bebe. Ni siquiera dice «gracias». Me queda claro que se mueve por la vida asumiendo que se merece todo solo porque tiene unas partículas de fama y los ojos azules. Por eso cree que no debe agradecer unas cervezas ni lavarse los pies.

—Entonces, ¿eres casado?

—No, no, para nada. Soy un espíritu libre. —Se quita una gorra que parece casco de la Segunda Guerra Mundial y se rasca la mollera. Su frente comienza justo allí, en el cenit del cráneo. Hacia atrás, solo un cabello largo, ralo y maltratado—. La última vez que me acosté con la mamá de mi hija fue cuando la concebimos.

—Salud por eso —digo y pido otra bebida para mí, mientras él apura su última cerveza para sumarse al pedido.

—Yo voy más por las relaciones abiertas y poliamorosas. No creo en la propiedad privada.

Sobre todo, cuando se trata de que otros paguen, pienso. El descuido de su barba se extiende hasta su

bigote, que cubre gran parte del labio. Tendré que arreglar esos detalles. En este instante tengo plena conciencia de que lo he elegido a él. No solo por sus ojos hermosos, su cuerpo deforme o su narcisismo desbochado: algo susurra en mi interior que no hay nada casual en este encuentro.

—¿Te llamas Nick o solo es el nombre de tu banda?

—Nicolás, pero yo soy mi personaje, así que puedes llamarme Nick —contesta sin mirarme—. De hecho, no respondo a ninguna palabra que no sea Nick.

—Bien, Nick será —digo y pido la cuenta. Esta es su oportunidad para demostrar que es un caballero, pero, por supuesto, como le corresponde al patán promedio de botas hediondas, hace como que alguien le llama, se levanta y se aleja. Ninguna sorpresa.

Yo, que estaba a punto de pedirle que fuéramos a mi casa, lo veo escaparse y ni siquiera siento decepción. No es la primera vez ni será la última. Es curioso; él cree que se aprovechó de mí sacándome unas cervezas gratis, pero no tiene idea de que acaba de salvar su vida por ser un pelafustán de cartera miserable.

Me dirijo a la salida esquivando los cuerpos que se rozan contra el mío. Afuera, en el aire fresco de la madrugada, caigo en cuenta de lo viciado que estaba el ambiente en La Cebolla de Cristal. Estiro mi vestido hacia abajo, enderezo la espalda y me acomodo el bolso antes de caminar hasta mi carro. Allí está. La iniciativa es suya y de nadie más; con una desfachatez casi digna de admirarse, el tipo me sugiere ir a mi casa para seguir platicando. No sé si afuera del bar y bajo la luz de

la farola mi cicatriz sea evidente; sin embargo, parece que no le importa. Enciendo el motor y comienza su verborrea. A algunos hombres hay que halagarlos para que se sientan en libertad de hablar, o bien, provocar una conversación a fuerza de preguntas dirigidas. No es el caso aquí. Mi problema, en todo caso, sería poder detener el flujo de sus palabras para insertar algo en ese monólogo interminable sobre su niñez y cómo piensa retratarla en su película.

Tampoco es que me moleste. La gente que habla mucho suele pensar poco. Es una desventaja evolutiva, supongo. Por más que su blah blah intente hacer pasar a Nick por un pobre niño que sufrió a manos de su opulento padre que lo sigue manteniendo, sin entender su alma de artista, no puedo verlo ya como a una persona. Para empezar, es patético escuchar a un hombre adulto victimizarse por una vida de privilegios. Como dije, no es complicado deshumanizar a alguien. Si solo miras el exterior, te das cuenta de que es pura maquinaria, no más que un conglomerado de tendones y cartílago y huesos que mueven pedazos de carne mientras responden las órdenes de una red neuronal demasiado ambiciosa. Cuando lo ves así, es fácil descartar a la persona debajo de todo aquello. Incluso a alguien que fue niño alguna vez.